

La Isla: Entre el naufragio y el paraíso
Dennys Matos

“El alma trémula y sola padece al amanecer”.
José Martí.

A mi amigo, Pacha Yoyi, para el resto de la humanidad Jorge Brioso

I-La isla y el viaje

La isla y el viaje. El viaje y la isla son las dos imágenes que indistintamente naufragan en mi mente, mientras observo las obras contempladas en la exposición “Pause” (2011) de Adrián Martínez Marí. Cuando pienso en sus dibujos de barcos hundidos hechos de hilos, alfiler y luz en la obra Calipso, o en las palmeras e islas recordadas en cartón sobre madera de su instalación Sin título (2011); la imagen de una isla me recorre la memoria y es entonces, cuando comienzo a conectarme con recuerdos e historias lejanas.

Y al pensar en esas imágenes recurrentes de su obra sobre la isla y lo que viene a ser un elemento esencial del imaginario isleño, el viaje, recuerdo con sabor agrídulce, que el viaje y la isla, la isla y el viaje, han marcado mucho el recorrido de mi vida. Veo entonces cómo este autor, recurriendo unas veces a la fragilidad material, como el hilo o la luz, otras a la dureza noble de la madera, va tejiendo una poética donde la isla y el viaje tienen como correlato metafórico el paraíso, la marea tranquila y el mar tormentoso, pero también la deriva y al final, el naufragio. No es rara esta analogía. No se debe olvidar que las utopías nacen siempre en las islas. Tomas Moro y Francis Bacon, en buena medida los inventores del género, imaginaron el mejor de los lugares aislado de toda la realidad continental que su época les imponía. No es un dato banal, tampoco, que estos dos precursores del género utópico fueran, además, isleños ellos mismos. Lo cual nos dice dos cosas: las islas son el lugar privilegiado para imaginar utopías, los isleños son los seres más propensos a imaginar ese lugar ejemplar y a la vez alejado, de un modo irreparable, de todo lo conocido.

Cuando veo esas obras de Martínez Marí, donde la isla no parece emerger del océano, ni tampoco haber sido una escisión, un pedazo de un antiguo continente, sino que parece ser más bien un habitar, una especie de nicho de hilo, luz, sombras y palmas suspendido entre el mar y el cielo, siento que la luz, el olor y la humedad de una isla real me recorre el cuerpo. Las islas, son un lugar utópico, por esa rara noción del habitar que proponen. En ellas se puede estar más no ser. La isla le da un carácter transitorio a todo lo que existe en ella. Esta fugacidad y nomadismo que las islas imponen empujan a imaginar ese no-lugar- mejor-lugar, donde las cosas alcanzan su posibilidad más plena. En la utopía nunca se es, no en vano es un no lugar, pero se puede estar de una forma en la que cada cosa llega a igualarse a su ideal, no en balde es el mejor lugar. Esta ambivalencia de la insularidad tiene un doble sabor. Por un lado, un aislamiento de todo y de todos, “la maldita circunstancia del agua por todas partes”, como diría Virgilio Piñera, por otro; sentirse el centro de todo lo que le rodea o fundirse, sin los obstáculos de tanta tierra firme, con el cosmos: “La ínsula distinta en el Cosmos, o lo que es lo mismo, la ínsula indistinta en el Cosmos” como diría Lezama Lima.

Los isleños parecen estar dotados biológicamente, tal vez sería mejor decir que son portadores de un gen que les convoca a estar siempre situados. Una sensibilidad que les compele a comprender a qué distancia, qué obstáculos les separan de la próxima tierra firme. Y aquello que les separa de la tierra firme es precisa y paradójicamente lo que les une: el aire, la mar y el cielo. Pero el aire y el cielo son obstáculos menos humanos. Quiero decir obstáculos más sobrehumanos, que para sobre pasarlos serían necesarios, además del cuerpo y cuatro tablas para hacerse a la mar, el concurso de otras “tecnologías” más avanzadas. Tal vez por eso, en las obras de Martínez Marí sobre esta temática, las islas, las embarcaciones y los humanos que van en ellas, están separadas siempre por un mar o sería mejor decir, separadas por un espacio limpio. Un espacio que no con-

tiene ningún otro elemento simbólico más que su propia oquedad, más que su propio e insondable espacio de separación e ingravidez. Una sensación de ingravidez del espacio pictórico que su técnica del dibujo con hilo -en algunos casos cercanos a las obras tempranas de Carlos Garaicoa- se encarga de acentuar al separar, mediante los alfileres, el dibujo del papel o la pared, proyectando sus figuras en un espacio de tridimensionalidad escultórica. Y es que en la obra de Martínez Marí, en su poética, se articula tanto el dibujo como la fotografía, un ejemplo de ello son las series fotográficas, *Postales* (2010) y *Fireworks* (2011). Pero el dibujo como dispositivo expresivo, como elemento configurador de una poética de matices neo figurativos, el dibujo como ejercicio de imaginación, como *techné* poética que traduce sus representaciones de la realidad, es lo que define la particularidad visual de este autor. Entre tanto sus fotografías, en un orden conceptual, discurren sobre la naturaleza del lenguaje fotográfico al cuestionar el carácter documental objetivo concedido desde la modernidad al archivo fotográfico. En *Fireworks*, una serie en torno a los ovnis, el autor ha fotografiado un paisaje, sobre esa fotografía proyectada en la pared (proyector digital) se superponen a su vez (proyector de transparencia) otras imágenes hasta lograr la imagen deseada. Sobre esta construcción fotográfica se hace una nueva fotografía, que más allá de sus artificialidades en cuanto a la construcción comunicativa del mensaje, adquiere para cualquier espectador, sin embargo, el estatus de archivo. Así el avistamiento de ovnis, un fenómeno de la cultura popular global, es tratado aquí, desde el punto de vista de la oposición ficción/realidad, como un elemento de la realidad, cuya veracidad reside precisamente en la “documentación fotográfica” de esos sucesos. *Fireworks* juega con la doble intención de engañar la percepción del espectador y a la vez, de brindarle elementos para que se percate del “tímo”. Para esto, lo único que tiene que hacer es tomar una pausa, detenerse para advertir, por ejemplo, que el autor ha dejado intencionalmente impreso el cursor del ordenador. Sin embargo lo más probable es que no nos demos cuenta de ello y que tomemos las fotografías por “reales”. Tal parece que haya una seducción tan profunda por la imagen, por su perfección e hiperrealidad donde poco importa ya, en medio de esa vorágine, su grado de certeza o realidad, porque lo que de verdad se quiere tener, como una especie de adicción, es el placer, la experiencia de ser seducido.

Curiosamente, si la obra fotográfica de Martínez Marí hace alusión a la velocidad con la que van cambiando nuestras referencias del mundo, al hecho de cómo van mutando nuestros paradigmas a la hora de percibir y representar la realidad, su producción de dibujos, en cambio, aún manteniendo esta perspectiva, ralentiza sensiblemente nuestra percepción. Sus dibujos, cuyos bordes parecen dobles, dándoles a las figuras una apariencia un tanto fantasmagórica, por el pespunte que produce las líneas de hilo y las sombras proyectadas por estas, proponen una gestualidad reposada, un ritmo más lento. Estos dibujos (que en cierto sentido recuerdan la síntesis narrativa del comic) discurren como si estuvieran en cámara lenta, como si nos develaran un nuevo sentido de la pausa: mirar, entornar nuestros sentidos si queremos desvelar mejor el horizonte de expectativas desplegado ante la mirada. Es así como construyen un paisaje insular donde ningún elemento parece estar sembrado, ocupando un espacio fijo respecto a otro. Más bien parecen elementos en una permanente fuga en un continuo desplazamiento, como un sujeto que arrastrado por el fluido se deshace en partes a la deriva, sin que pueda percibirse en ellas la intención de dirección alguna. A veces pareciera como si la isla, sus casas, hombres y palmeras quisieran viajar, quisieran levar anclas y hacerse a la mar, igual que las embarcaciones de su entorno, surcando lentamente un mar imaginario que también se desplaza. Esta imagen de la isla que se desprende de sus cimientos, de la isla que naufraga sin rumbo, tenía antecedentes en la literatura cubana. El color del verano de Reinaldo Arenas es la obra que con mayor vigor desarrolla esta imagen. Pero hay otras. Vale la pena mencionar otras dos por su carácter emblemático: *La isla que se repite* de Antonio Benítez Rojo y *Un Mapa de sal* de Iván de la Nuez. Y, en este sentido, dentro del arte actual, son indispensables las obras de Cruz Azaceta, KCHO y Sandra Ramos. En todas estas obras, la isla deconstruye el último sintagma que las une a cualquier noción de tierra firme: pertenecer a un solo lugar, estar condenada a “habitar” un sólo espacio. De nuevo, las islas repiten la ambivalencia que les otorga su carácter utópico: ser a la vez, un “no lugar” y el mejor de los espacios imaginables.

II- Viaje y naufragio

Viaje y Naufragio. Dentro de la iconografía insular de Martínez Marí, por decirlo de algún modo, hay otro elemento recurrente de su obra que me llama la atención; el barco, las embarcaciones que en obras como

Calipso (2011) llevan asociados el correlato metafórico del viaje y también del naufragio. El viaje por mar ha sido desde la primera noche de los tiempos, la manera más común de llegar o salir de una isla. De hecho, hasta hace relativamente poco, hablando en términos históricos, era el único medio de comunicación con la tierra firme. En Calipso y gracias al título, el autor ya nos apunta la intención discursiva de la obra: el viaje y el naufragio, si tenemos en cuenta que en la Odisea, Calipso es la ninfa y reina de isla de Ogiigia que acoge a Odiseo (Ulises) luego que su barco naufragara.

En Calipso Adrián Martínez Marí nos pone frente a un barco hundido; tal vez sería más preciso decir frente a un barco naufragado, porque no es un pecio sumergido en las profundidades. Es un barco varado, es un lugar aislado, solitario y deshabitado, que sin embargo, anuncia la cercanía de la tierra. Isla o tierra firme, eso no lo sabemos, pero sí intuimos un asidero de tierra porque es un barco que se mantiene hundido y, a la vez, a flote o, en otras palabras, es el mar y a la vez la tierra. Es un lugar, que desde un punto de vista metafórico, guarda relación con la isla, pues ésta también, para ocupar, para fijar un lugar en la superficie, ha de tener un asidero bajo el océano. El barco es un artificio que desplaza vida humana y sobre él siempre pende, como espada de Damocles, el peligro del naufragio, es decir, la ruina de ese movedizo lugar y la muerte de sus moradores. La isla, en cambio, ancla un habitar humano que invita a imaginar la vida en el paraíso después del naufragio. Y en esa relación entre la isla, el viaje y la embarcación, se ha construido desde la Odisea de Homero (primera gran narrativa sobre esta relación), un imaginario donde la deriva y el naufragio son consustanciales a la imagen del viaje, la isla y el paraíso.

III- Conocí el monstruo y saboree sus entrañas

Al reflexionar sobre Calipso de Martínez Marí, sobre ese contradictorio estatus de la isla, por una parte como lugar aislado, perdido en el mapa del mar y los tiempos, cuya vegetación y clima conforman una imagen paradisiaca y, por otra, como punto de un viaje de salida o entrada, rodeado de mar, cielo y aire, un viaje, el mismo viaje, que trae o resta vida a ese espacio, percibo que dos viajes cambiaron mi vida. Uno que me llevó a nuestra antigua metrópoli, España, el otro, a nuestro más furibundo enemigo, ese gigante del “norte revuelto y brutal”, que se había empeinado en destruir a toda costa a la revolución: Los Estados Unidos de América.

Desilusionado o, para ser más preciso, traicionado por aquellos que me inculcaron unos ideales en los que ellos después no creyeron, abandoné mi isla comunista con un sabor muy dulce. Si ya había estado en el futuro –así retrataban nuestros libros la sociedad comunista que construíamos- y el sabor que traía era muy amargo, por qué seguir sacrificando mi presente si ya sabía lo que vendría. Y aterricé en el capitalismo con una mezcla de euforia e incertidumbre. Euforia porque lo nuevo trae aparejado la ilusión, el deseo de ver y sentir otra vida, de tener placeres de otro mundo, del mundo que, sin contar conmigo, me habían prohibido. Sin embargo con el paso del tiempo y con algunos años de más, se me ha esfumado ese optimismo (revolucionario) para afrontar la vida. En el comunismo las cosas estaban claras, por nuestros manuales de marxismos sabíamos qué o quienes eran los malos, malísimos. Pero ahora las cosas ya no son tan claras, ya no son en blanco y negro, nada es del todo malo, del mismo modo que nadie es del todo bueno. Y es como si hubiese perdido intensidad en el sabor de las cosas, como si se hubiese apagado la curiosidad por los deseos que antes tenía. A esta velocidad de vértigo que va la vida, apenas me da tiempo a tener ganas por las cosas que antes me ilusionaban.

El día que aterricé en N.Y me envolvía un sentimiento de curiosidad y miedo. Estaba finalmente en el monstruo y quería conocer sus entrañas. Dieciséis años después de abandonar la isla de Cuba, estaba ahora en la isla de Manhattan unida por puentes al continente de Norteamérica. Allí estaba, anonadado por su arquitectura, por el trepidante ritmo de su gente. Toda mi adolescencia y parte de mi juventud me la pase escuchando las cosas más terribles de ese lugar, de esa sociedad explotadora y retrograda. Cualquiera en la calle podía ser víctima de la policía o de los delincuentes, por lo que nos contaban eran tan corruptos unos como otros, de manera que lo mejor era evitarlo. Sin embargo, allí en la Isla de Manhattan a no sé cuantas millas de mi otra isla, me sentía pletórico de energía y ganas.

Estaba en una cervecería de la 5ª Avenida y mientras tomaba unos whiskies, la bebida de los malos como decían en Cuba, miraba los plasmas que rodeaban el techo sobre la barra, disparando todas imágenes de deportes, modas, naturaleza, comidas etc. Era una locura, no podía retener tantas imágenes al mismo tiempo, pero allí estaban sobre excitando mis sentidos a una velocidad que no había conocido nunca antes. Sentía que mi ser se expandía y me preguntaba muchas cosas al mismo tiempo como si fuera una ametralladora disparando a la misma diana. ¿Qué hacer con todo lo que he perdido, qué hacer con todo lo que he ganado? ¿Para que me sirva lo ganado y lo perdido? ¿A dónde quiero llegar? ¿Vale la pena llegar a algún lugar? He probado todas las cosas, o casi todas las cosas que humanamente he querido probar y, unas veces, siento que vuelo sobre la vida, que me acerco, que rozo a probar lo que de una vez quiero de ella. Sin embargo, otras veces, siento que su pulso, que sus reclamos me quedan tan lejos, me son tan extraños, como si fuera algo desconocido e inalcanzable. Ni la isla, ni el continente, ni el comunismo, ni tampoco el capitalismo, no sé dónde habitar, no sé dónde encontrar un lugar en el que finalmente pueda estar en paz conmigo mismo, en paz con lo que soy. Y descubro que no estoy en ningún lugar, que tengo muchas millas adelantadas, y que otras tantas me faltan para llegar (Si es que el tiempo y la vida dejan llegar). ¿Para llegar a dónde? Pero los que se hayan atrevido a naufragar por esta incertidumbre sin brújula que mis páginas les han impuesto, se habrán percatado que esa es la condición de todo isleño, y si tienen dudas pregúnteselo a Tomás Moro y a Francis Bacon, siempre sentirse que no se pertenece a ningún sitio, siempre estar soñando con el lugar mejor.

Pensando en ello me viene a la mente *Pause*, el título de la exposición de Adrián Martínez Marí. Quisiera hacer un alto y pensar, quisiera ver más despacio las cosas que tengo a mí alrededor y descubrir otra vez el placer de disfrutarla como si fueran realmente mías, quisiera recobrar la ilusión por los días de la vida. Por los días; la vida son los días a los que le arrancamos un recuerdo que ayuda a llevar la vida. Quisiera tener vida, quisiera tener emociones más allá de lo que he sido, tener emociones y sensibilidad más allá de lo que soy ahora. Pero sé que eso ya no es posible, porque esté donde esté, viva donde viva, en el continente o en la isla, no podré cambiar nada de estas cosas. Salí de una isla, y no he parado de naufragar y, aunque avisto el continente, me siento como si estuviera a la deriva.